

Entrevista con José Manuel Caballero Bonald

Ana Solanes

En esta época del año, el escritor José Manuel Caballero Bonald vive en su casa de Sanlúcar de Barrameda, situada muy cerca de la desembocadura del río Guadalquivir, y consume los días en su jardín o saliendo de noche en noche por la zona, entregado a las lecturas aplazadas durante el año, a alguna cena esporádica con los amigos que viven o veranean por Cádiz, a los paseos junto al mar, los viajes en barco por la bahía o las visitas al coto de Doñana, el paisaje que suele retratar en muchos de sus libros. Éste ha sido un año lleno de homenajes pero duro de sobrellevar para un hombre como él, a quien no parecen gustarle demasiado los compromisos sociales. Pero los premios a toda su obra, que se suceden cada vez con más frecuencia; la celebración de sus ochenta años, que fueron conmemorados por todo lo alto en su ciudad natal, Jerez de la Frontera; la febril actividad de la Fundación Caballero Bonald, que se ha convertido no sólo en un centro de estudio de su obra, sino en una de las instituciones culturales más fecundas de nuestro país, y la demanda cada vez mayor de sus obras, que se concerta estos días en numerosas reediciones de sus novelas o sus libros de poemas, en la aparición de monográficos como el que le ha dedicado hace poco la revista Litoral y en una interminable sucesión de conferencias, recitales y actos públicos de diversa naturaleza; todo ello ha tenido al autor de «Descrédito del héroe» ocupado hasta la extenuación. No obstante, aún ha tenido la amabilidad de hacer un paréntesis en su tiempo de descanso para contestar a esta entrevista de Cuadernos Hispanoamericanos.

– Sale ahora una antología de sus poemas de amor, versos que escribió entre 1952 y 2005 y que ha reunido bajo el título de *Poesía amorosa*. Elige ese adjetivo, casi en desuso, porque amorosa «incluye todas aquellas variantes reconocibles del amor». ¿Cuáles son para usted esas variantes a las que ha dedicado versos en el último medio siglo?

– Pues todas las variantes posibles, empezando por el amor a la naturaleza y terminando por el amor propio. Con los años, eso del amor propio se me ha ido convirtiendo en una especie de amor apasionado. Y luego está el erotismo, que es un asunto que da mucho juego, esa especie de ingrediente enigmático del ser humano.

– Habla en el prólogo de un cambio en «las normas que sustentaban su ética estética» ahora, a principios del siglo XXI, con respecto a las que regían su poesía hace años. ¿En qué ha consistido ese cambio? ¿Ha sido una transformación consciente?

– Más o menos consciente. El escritor que no evoluciona es que se ha quedado congelado en un catálogo de libros de ocasión, o algo así. Que yo recuerde, he tenido como tres etapas, tres cambios de rumbo, pero nunca me he apartado del todo de un punto equidistante entre el romanticismo y el surrealismo. He procurado en todos los casos hacer compatible esas dos vertientes literarias, que tampoco son tan distintas.

– Recoge en el libro un bello poema titulado «Azotea» en el que habla de la nostalgia de esa infancia en la que se asomaba al mundo desde lo alto de su casa ¿Cómo recuerda a aquel niño y ese mundo que veía y que soñaba?

– Quiero creer que todavía sigo allí, descubriendo el mundo en esa azotea de mi casa materna. Y ya se sabe que el lugar donde se descubre el mundo ya es para siempre el compendio simbólico del mundo.

– Sus propios orígenes son muy literarios y, sin embargo, tengo entendido que fue Espronceda quien tuvo «la culpa» de que usted decidiera ser escritor...

– Sí; en cierto modo, sí... A mí me dejó deslumbrado Espronceda, no exactamente el poeta, sino el personaje. En su corta vida

**«A mí me dejó deslumbrado Espronceda,
como personaje»**

vivió no pocas grandes aventuras humanas, políticas, literarias... Y el caso es que siendo yo casi un adolescente, quise emularlo en dos de las hazañas vividas por Espronceda que tenía más a mano: escribir poesía y llevar una vida licenciosa... Y así hasta hoy.

– *En sus libros ha creado el espacio mítico de Argónida. ¿Por qué le gusta tanto a algunos autores inventar ese tipo de geografías? ¿En su caso demuestra eso algún tipo de parentesco con narradores como William Faulkner, creador del condado de Yoknapatawtha, o Juan Carlos Onetti, que sitúa muchas de sus obras en la ciudad imaginaria de Santa María?*

– No sé, quién sabe... Creo que me inventé ese nombre de Argónida, con sus deliberadas resonancias clásicas o mitológicas, porque quería buscarle a la realidad de un paisaje, de un mundo concreto, ciertas equivalencias legendarias. A mí no me atraía para nada reflejar la realidad de ese mundo, sino elaborar una aproximación artística, una interpretación distinta de ese mundo. La realidad se me antojaba tan obvia, tan insuficiente, que tenía que cambiarla hasta de nombre.

– *¿Qué importancia le da a la fantasía? ¿Tiene más fuerza para usted que la realidad o es que quizá no existe una frontera clara entre ellas?*

– Verá usted, a mí, cada vez con más frecuencia, se me borran esas fronteras entre la realidad y la fantasía, o sea, que a lo mejor es que se me va la cabeza. Pero me llevo muy bien con esa incertidumbre. Siempre he estado enemistado con los que nunca se equivocan y he sido muy partidario de las incertidumbres, sobre todo en el terreno literario. Un ejemplo. Mi primer viaje a París, en 1954, lo hice solo y con muy poco dinero, claro. Al llegar, le pregunté a un mozo de estación si conocía un hotel económico por aquellos alrededores. Me dio unas señas y allí me dirigí. Era un hotel más bien inhóspito y la señora que hacía de recepcionista me enseñó una habitación triste y me dijo que me acomodase antes de ir a firmar en el registro. A los cinco minutos llamó a la puerta diciendo «Monsieur Cabaleró Bonald au téléphone». Nadie sabía que yo estaba allí ni a nadie le

«Detrás de la realidad siempre hay un secreto o una fantasía»

había dado mi nombre. Alguien me habló por el teléfono, pero no entendí nada. ¿Qué coño había pasado? Pues muy sencillo, que había salido a flote el fondo enigmático de la realidad. Ese fue uno de los puntos de partida de mi prevención ante la realidad. Detrás de la realidad siempre hay agazapado un secreto o una fantasía.

– *«He perdido la salud buscando un adjetivo», ha llegado a afirmar. ¿Cree que su preocupación, casi obsesión a veces, por la forma, por el rigor y la riqueza del lenguaje constituyen una rareza en el panorama literario actual?*

– Pues ya que me lo pregunta, creo que sí. Pero más que de una rareza, yo diría que es una manera de entender la literatura. Si un escritor no es exigente y riguroso con el uso del lenguaje, es porque no tiene ni puta idea de su oficio.

– *La propia poesía es muchas veces el tema de sus poemas: la dificultad de encontrar las palabras. Lo contaba en su poema «Sobre el imposible oficio de escribir» ¿cómo vive esa lucha por encontrar siempre la palabra exacta?*

– La vivo regular, me desazona, me perturba. Un adjetivo mal empleado puede sabotear un poema. Una palabra bien elegida puede significar poéticamente más de lo que significa en los diccionarios. Y ese es un trabajo bastante agotador. Yo ya, a mi edad, me vengo librando de esas tensiones. O sea, que escribo muy poco.

– *Hasta el año 62 parece tener sólo vocación de poeta, después escribe grandes novelas como Campo de Agramante o Ágata ojo de gato, y, sin embargo, ha asegurado estar cada vez más lejos de la novela, que nota en ellas la mentira y la ficción.*

– No tanto la ficción como el artificio. Los géneros literarios son todos de ficción: la novela, la poesía y hasta las memorias. Pero en la novela el artificio, las estratagemas, las trampas retóricas han acabado resultándome poco llevaderas, incluso enfadosas. Seguro que no volveré a escribir ninguna novela.

– *¿Concibe ahora la poesía como única, o al menos, la más perfecta, forma de expresión?*

– Sin duda, siempre lo he pensado. Un poema es la máxima temperatura que puede alcanzarse con el manejo de la lengua.

**«Un poema es la máxima temperatura
de la lengua»**

– *Usted siempre se ha resistido a las etiquetas generacionales ¿fueron más las afinidades políticas que las estéticas, o incluso la pura amistad lo que le unió a sus coetáneos escritores de la llamada generación del 50?*

– Sí, en parte sí. Las coincidencias poéticas eran relativas. ¿Qué tienen que ver, por ejemplo, Ángel González y Barral, o Valente y Claudio Rodríguez, o Gil de Biedma y yo mismo? Las afinidades iban por otro lado: la procedencia universitaria, las nocturnidades, los excesos etílicos... Por supuesto que éramos amigos, unos más que otros, y leíamos los mismos libros y teníamos más o menos la misma estatura... Pero lo que más nos unió fue, desde luego, la lucha antifranquista.

– *Mucha gente piensa que las ganas de ser combativo se pasan con la edad, que se produce un desencanto que acaba con el ánimo para cualquier lucha. A usted sin embargo no le ha ocurrido así, como demuestra en su *Manual de infractores* ¿Qué le ha dado la edad a Caballero Bonald?*

– Eso de la edad, de la vejez, es un asunto bastante peliagudo. Por un lado te da cosas y por otro te las quita. Te quita más futuro cada vez y cada vez te da más pasado, ¿no es eso? Aparte, claro, del escepticismo, la desgana, las descreencias... A mí, *Manual de infractores*, me devolvió cierta energía que creí agotada, cierto apasionamiento temático, y eso me rejuveneció. Le estoy muy reconocido a ese libro.

– *¿Con los años se siente uno también más libre de decir todo aquello que piensa?*

– Sí, supongo que sí. Siempre me ha tentado decir lo que pienso, aunque me costara esfuerzos y me proporcionara algún que otro encontronazo. A mí, los años quizá me hayan hecho más temerario en este sentido. Y eso me produce una especie de satisfacción –digamos– de doble filo.

– *En *Manual de infractores* arremete contra los obedientes ¿qué tipo de obediencia es la que más le irrita?*

– Los sumisos, los gregarios, los fanáticos, todos esos que se dejan manipular por los bienpensantes, que es una de las peores lacras de estos tiempos.

«La vejez te quita futuro y te da más pasado»